

traducción de Fernández Sebastián) señalado en la introducción de la obra y por otros participantes de la misma como João Feres (vol.1, p. 88), es el que menos resuelto está a lo largo del *Diccionario*. A pesar del propósito declarado de no considerar únicamente a los grandes nombres y pensadores, es difícil no caer en ello, aunque se hace un esfuerzo especial por incluir las prácticas políticas y las instituciones, así como prensa y folletos excluidos del canon de la historia de las ideas. Este es, en realidad, el gran desafío al que se enfrenta la historia de los conceptos: penetrar más allá de la cultura escrita, especialmente en un periodo en el que la alfabetización era escasa, para llegar a la mayor parte de la población.

Solo le puedo encontrar una objeción a esta obra monumental, sugerida por las propias reflexiones de su director: que a pesar de advertir contra las interpretaciones simplistas del cambio histórico (conceptual), de cuestionar la dicotomía tradición/modernidad, de disputar la noción de progreso, de señalar que no es más que una arrogancia intelectual creer que nuestros antepasados querían decir lo mismo al utilizar unas palabras que nos han llegado con una semántica trastornada por el paso del tiempo, a pesar de todo esto, digo, la mayoría de los conceptos tratados en los dos volúmenes del *Diccionario* se incluyen en una visión de ruptura, de creación de la modernidad, aunque con un cuidado escrupuloso por salvar las trampas de la teleología y el presentismo. ¿Por qué no dedicar, por ejemplo, una entrada a los conceptos de contrarrevolución o reacción, si no son más que otra manifestación de la modernidad? Y hay, por supuesto, muchos otros conceptos que se han quedado fuera (como ilustración, regeneración, educación, comercio, política, progreso, igualdad...) que esperamos que sean retomados en sucesivas investigaciones que continúen enriqueciendo uno de los proyectos historiográficos más importantes y estimulantes de las últimas décadas.

*Juan Luis Simal*

Universidad Autónoma de Madrid

JAVIER MORENO LUZÓN y XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, 591 págs., con ilustraciones.

La reseña es un arte difícil, especialmente en el mundo académico de la Europa meridional, en donde resulta complicado ir más allá de la disyuntiva de aprovecharla para criticar o ensalzar gratuitamente. Si es sobre un libro colectivo, entonces se produce una interacción entre dos difíciles artes. Porque editar un libro como algo más que una compilación de trabajos autofinanciados por el proyecto que lo respalda también es todo un arte cuyo principal beneficiario suele ser la empresa editora, que obtiene una inyección económica nada

despreciable que, unida a la ayudita del Ministerio de Cultura, le permite ir tirando a la par que lo que hace es poco más que lo que haría una imprenta al uso. Por otro lado, el libro colectivo no recibe la recompensa que debe. Ni en forma de producto literario de calidad en su factura editorial ni de producto científico, especialmente en este mundo en el que las Humanidades se han rendido, con armas y bagajes, a los criterios evaluadores de las Ciencias Sociales de la misma forma que estas lo habían hecho, previamente, a los de las Experimentales.

Reseñar este libro tiene para mí una circunstancia añadida, pues formé parte del equipo investigador en que se discutió como proyecto. Me quedé fuera por diversos motivos, entre los que figuran que no todos los miembros de un equipo de investigación pueden (ni deben) colaborar en un libro colectivo (lección que sería importante que todos aprendiéramos con el fin de seleccionar un poco qué se compila y qué no y no convertir los libros colectivos en productos de aluvión), y que siempre tiendo a focalizarme en temas centrados en la tierra vasca en que me nacieron.

Una pequeña ayuda que he encontrado para hacer esta reseña es que todo lo que diga a partir de aquí será leído, por lo que acabo de exponer, como sospecha de un trato de favor. Esto alivia sobremanera. Como también alivia el que la factura editorial de este libro sea estupenda. Esto nace del hecho de que su programación fue impecable ya antes de que una editorial de prestigio lo acogiera. Los autores compartieron estos textos en un formato previo a su redacción final en una jornada de trabajo en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, de la mano de un evento que evocó tiempos pasados que siempre fueron mejores, aquellos en que en ese lugar un tanto carpetovetónico en su fondo y su forma se discutía y debatía (e investigaba) de forma moderna y con ambición cosmopolita sobre política e historia bajo la égida de José Álvarez Junco.

Este diseño cuidado se nota en la factura del libro, que se beneficia, además, de la aportación (real, y no figurada, como en tantos otros casos) de la editorial, que ha cuidado su presentación y diseño formal. El libro pretende sintetizar los componentes de la identidad nacional española en el siglo XX, de ahí su sugestivo título y un despliegue de contenidos monográficos que abordan la historia de los mitos, símbolos, relatos y referentes icónicos que han convertido «España» en una narrativa (política e identitaria) de sentido para los ciudadanos del Estado que aún acoge en exclusiva dicho apelativo.

Existe, así, en este libro una cohesión en torno a un planteamiento narrativo: qué significó ser español en el siglo pasado, qué referentes simbólicos formalizaron el imaginario de la nación y qué significados le fueron otorgados a España y cómo se relacionaron con variables múltiples del pasado de esta sociedad, como el género, la sociabilidad, el ocio, la cultura y la intelectualidad.

Voy a enumerar algunas de sus características que entiendo más importantes. Primero, siguiendo la tradición de los libros colectivos sobre nacionalización que se han publicado en España, especialmente a partir del año 2007, se

trata de una compilación de (una parte de) los resultados de un proyecto de investigación sobre la nación en la España contemporánea (habría que añadirle, como otros resultados de este proyecto, un libro publicado por la Casa de Velázquez y un dossier en la revista *Hispania*).

Segundo, pese a esta afinidad común a otros libros centrados en la nacionalización estatal que han salido en los últimos años, y que recientemente han sido analizados por Patxi Caspistegui en la revista *Ayer*, se distancia de ellos en que no incide en una territorialización autonómica del análisis histórico. Y es que, no nos engañemos, cuando se estudia el nacionalismo o el regionalismo en el pasado se terminan asumiendo pesadas herencias narrativas presentistas, favoreciéndose la confusión entre la historia y la memoria. Esto es lo que tiende a generar el pretender estudiar el pasado de la identidad nacional española a partir de las fronteras territoriales que se fijaron en 1978, las cuales no habían existido o, en todo caso, habían convivido con otros referentes de tanto o mayor peso, caso de la clase, la religión, la localidad, la provincia, etc. La propuesta alternativa de los editores de este libro por parcelar la identidad española en un repertorio de significantes generales (historia, símbolos y mitos, deporte, cine, música, capital del Estado, fiestas populares, colonias, mapas, religión, género, turismo, América, lengua, República, Monarquía) y abandonar cualquier vertiente de análisis territorial local resulta sugerente y permite elaborar una síntesis separada conscientemente de la enumeración acontecimental que suele ser clásica en los estudios más territorializados.

Tercero, lo que de nuevo acerca este libro a la corriente historiográfica en la que se ubica es la conversión del nacionalismo español en eje temático y su separación analítica de los otros nacionalismos periféricos. Aquí se estudia solo a los nacionalistas españoles y, si cabe, a los españoles que, en ciertas ocasiones o contextos, pudieron actuar como nacionalistas. La estructura de análisis diseñada termina proporcionando interconexiones narrativas de gran interés. Los trabajos de Javier Moreno Luzón y Angel Duarte sobre la Monarquía y la República como referentes políticos de la identidad española no solo son complementarios sino que pueden ser perfectamente integrados en el ensayo general que, a modo introductorio, hacen Javier Moreno Luzón y Xosé Manoel Núñez sobre los mitos y símbolos españoles, sus continuidades, permanencias y cambios en el siglo pasado. Este ensayo sirve, asimismo, como plataforma narrativa desde la que leer aproximaciones monotemáticas a la función de la historia nacional, a cargo de José Álvarez Junco, de la lengua (a las lenguas) de Xosé Manoel Núñez, o de la religión, de Mary Vincent. Estos estudios sobre referentes icónicos y plantillas narrativas de la españolidad permiten, a su vez, interpretar mejor otras colaboraciones acerca de otros símbolos e iconos de la españolidad, como los mapas (Jacobo Álvarez), la música (Sandie Holguin), el cine (Vicente Sánchez Biosca), los toros (Rafael Núñez Florencio), el turismo (Eric Storm), América (David Marcihacy), la capital (Zira Box) o las colonias africanas (Gonzalo Álvarez Chillida y Eloy Martín Corrales). A su vez, a esta

enumeración de referentes de la españolidad se añade el análisis de otro significativo específico, el género, del que se ocupa Inmaculada Blasco. Al análisis temático se le podrían haber añadido otros muchos referentes (el Ejército, la cultura popular, incluyendo la literatura, el cómic o la música popular en un sentido menos «castizo») pero el repertorio final es efectivo y funcional.

El libro atesora propuestas valiosas de cara a un mejor conocimiento del nacionalismo español contemporáneo y, tanto o más aún, de la identidad española, conceptos que son equivocadamente asociados tanto en el debate político y público como, lo que es peor, en el análisis académico, por aquello que ya señaló Liah Greenfeld de que el nacionalismo se presta a ser concebido como «término-paraguas» que acoge desde meras manifestaciones de identidad hasta agresivos discursos y prácticas de unanimidad política en torno a la abstracción nacional. Me centro en constatar una sola en torno a la cual formalizo la parte final de esta reseña: la trayectoria de la identidad española a lo largo del siglo pasado refleja el peso decreciente, desde el último tercio del mismo, de un elemento nacionalizador objetivo, institucional, formal, en favor de propuestas nacionalizadoras informales, banales y subjetivas. O, por decirlo de otra forma, el análisis histórico acerca de cómo se hacen las naciones de Eugen Weber y Georg L. Mosse desaparece en cada capítulo de este libro, a medida que se va avanzando en el análisis temporal, en favor de las que en su día planteó Michael Billig en un libro por fin traducido, tras casi dos décadas, al castellano.

Esta trayectoria es clara en el análisis que Moreno y Núñez hacen de los símbolos de la nación, en donde detectan la permanencia de un repertorio mínimo (himno, bandera) que es, como lo fue a lo largo de todo el siglo pasado y del anterior, a la par contestado y resistente. Estos símbolos, finalizada la última etapa de nacionalización de masas, la de la dictadura de Franco, han «resistido» con tanto ahínco como han sido rechazados o descalificados. Para entender este rechazo o descalificación deben leerse el capítulo que Duarte dedica a la República y el que el propio Moreno dedica a la Monarquía, en donde se constata el fracaso histórico de ambos regímenes, el primero destruido hasta sus cimientos (sociales y culturales) por los vencedores de la Guerra Civil, el segundo malviviendo desde 1931 y aupado, por razones de mera oportunidad política, al estatus que actualmente aún disfruta, en precario, desde 1975. Ese fracaso conllevó el de las culturas políticas liberal y católica que podían haber afianzado ese repertorio mínimo de símbolos comunes.

La construcción de una gran capital para la nación de los españoles es una medida referencial del grado de éxito de la política nacionalizadora institucional a lo largo del siglo pasado. En 1869 Ángel Fernández de los Ríos tenía claro, dados los precedentes de París o Viena, que la nueva España democrática precisaba de una capital acorde con sus aspiraciones liberales y nacionalistas. El proyecto por convertir Madrid en lugar de memoria de la nación fue dando, sin embargo, vaivenes a lo largo de todo el siglo siguiente, como subraya el trabajo de Box al respecto, que terminaron dotando a la capital de más conteni-

do proyectivo que resultado práctico. Los mismos vaivenes, en el terreno de una lógica nacionalizadora institucional, reflejan los capítulos dedicados a la lengua y la historia. Tanto en el trabajo de Núñez Seixas como en el de Álvarez Junco queda constatado que la élite nacionalista, tanto monárquica como republicana, tanto liberal como católica, apostó por unificar narrativamente los referentes simbólicos y míticos de la nación a través de la educación y el debate intelectual pero careció de un respaldo institucional (estatal) adecuado, tanto porque este requería de unos recursos económicos que estaban fuera de las posibilidades del Estado como porque la sociedad se encontraba permanentemente sometida a una disputa normativa por la nación en la que los referentes localistas y regionalistas contaron tanto o más que los unitarios.

Tanto Mosse como Weber reflejaron en sus trabajos sobre Alemania y Francia que nacionalizar significa, también y sobre todo, politizar, introducir a los ciudadanos en la política, hacerles conscientes de su potencialidad como tales y, consiguientemente, de su papel activo en la construcción de la nación. Quizá uno de los capítulos más sobresalientes sea, a este respecto, el que Blasco dedica a la conversión de las mujeres en «españolas», es decir, en «patriotas», auténtico éxito nacionalizador de este siglo pasado, especialmente contando el punto de partida, y donde de nuevo varios ámbitos, la educación, el mundo del trabajo, la religión y la política, actuarán como plataformas que facilitaron el proceso. En este capítulo queda también claro que las mujeres se hicieron muchas veces españolas a pesar de (y no gracias a) el Estado, dado que la política actúa siempre como una esfera interdependiente pero no dependiente de este. De nuevo, pues, el libro refleja los límites de la nacionalización institucional a lo largo de todo el siglo, los éxitos y los fracasos, los puntos álgidos y mínimos en que los españoles y las españolas se fueron configurando (y, sobre todo, fueron configurados, «desde arriba») como tales.

Es así como la nacionalización formal terminó derivando, en el último tercio de siglo, en una nacionalización informal, sobre la que incidió la crisis simbólica de la nación posterior al final del franquismo. Este terminó con una rica trayectoria de construcción dialéctica de la nación en torno a dos tradiciones, la católica y la liberal. La primera desapareció con ocasión del cambio social y la segunda fue destruida por los vencedores de la guerra civil de 1936-1939. En el tiempo final del cambio social la clase política se encontró, nada más empezar el proceso de transición democrática, que la nación había entrado en crisis como identidad. Esta generó un cuestionamiento permanente de la legitimidad de los símbolos nacionales.

La consiguiente plasmación de la nación mediante instrumentos informales, patente en los trabajos sobre el deporte de Quiroga, el turismo, de Storm, y los toros, de Núñez Florencio (este, sin embargo, demasiado apegado al debate intelectual y poco atento a subrayar el fortísimo contenido popular que tiene la fiesta del toro a la hora de dotar a los españoles de una identidad colectiva) no es, pues, un resultado que siga patrones similares a los de otros países más ho-

mogéneamente nacionalizados El ascenso en estos últimos treinta y cinco años de mecanismos de nacionalización de carácter trivial, desconectados de cualquier política uniformizadora de signo estatal, no es el resultado de una consolidación de la nación a partir de décadas de esfuerzos institucionales formales, sino la consecuencia de una crisis de legitimidad que ha derivado la vivencia de lo español a terrenos de constante disputa simbólica, vergüenza y pluriculturalidad (en la medida en que la «experiencia de la nación», por citar la feliz expresión de Ferran Archilés, ha conectado sistemáticamente en estas pasadas décadas con la vivencia de la autonomía y la localidad natal o aquella que actúa como si lo fuera dado que en ella se sitúa la vivienda y la implacable hipoteca que se abona mensualmente).

Esto queda constatado en la ausencia de referencias a estrategias políticas nacionalizadoras de signo institucional en los capítulos dedicados a los referentes culturales de la identidad. Ni el de la historia ni el de la lengua las recogen, tampoco los mapas son expuestos públicamente, salvo en canales triviales (televisión, prensa), como referente de identidad oficial, desapareciendo de los colegios en las autonomías en donde tiene lugar un activo conflicto simbólico en torno a la nación. Es en estas autonomías, vasca o catalana, donde algunos creemos que mejor se ha sabido dotar de continuidad a los mecanismos formales tradicionales de nacionalización de las masas en estos últimos treinta años. A partir del cambio social y de la crisis de la religiosidad popular que analiza Vincent es en la «españolada» cinematográfica radiografiada por Sánchez-Biosca, en la cultura *kitsch* destinada a alimentar el mercado turístico mediante una depuración sintética de los tópicos románticos decimonónicos de lo español, estudiada por Storm, o en el deporte de masas, sustancialmente el fútbol, que analiza Quiroga, donde puede ubicarse el referente de identidad más poderoso de los españoles del «baby boom» y de la generación nacida ya en democracia o en sus albores.

Y es que lo que este libro constata en sus capítulos es lo mucho que ha afectado a España en términos de homogeneización nacional el cambio social experimentado en los años 50 a 70, pese a que este aparezca sólo de soslayo en capítulos como los dedicados al deporte, el turismo, las mujeres o la religión. Es decir, en España eso que uno de los colaboradores de este libro, Alejandro Quiroga, ha bautizado como «proceso de renacionalización» se vio intensamente afectado por el cambio social que dismanteló un país históricamente agrario, religioso y localista y lo reinventó como país secularizado, urbano y localista (perdón, autonómico). Y en este contexto tuvo lugar la pérdida de referentes esenciales de identidad territorial como había sido la religión, según constata Vincent en su excelente capítulo, o la reinvención de otros como las lenguas regionales, que jamás habían tenido eco entre sectores que fueran más allá de ciertas minorías locales de clase media o alta y que, de repente, se convierten en instrumentos de comunicación urbana destinados a dotar de sentido (y prestigio social) a emigrantes provenientes del mundo rural y reubicados en territo-

rios en donde se está inventando una nueva identidad territorial con el fin de politizarlos de acuerdo a las necesidades del nuevo tiempo de transición a la democracia.

En este libro queda constatado que España es una nación que goza de una permanente mala salud y que el gran tiempo de nacionalización de los españoles fue el siglo XX, entre 1923 y 1975. Fue entonces cuando las masas se politizaron y el Estado se lanzó a la empresa de «hacer españoles» y «españolas», si bien el tiempo en que más se intensificó este proceso, el franquismo, fue aquel que se vio afectado por un fenómeno de transformación de los hábitos y formas de vida, trabajo y relaciones sociales que terminó incidiendo en un cuestionamiento del repertorio de símbolos tradicionales, incluidos aquellos que intentó destruir (caso de la bandera republicana, que jamás ha vuelto a recuperar el sesgo nacionalista español que siempre tuvo hasta el punto de que ahora se reivindica como alternativa a este).

La historiografía del nacionalismo en España sigue siendo una historiografía de prácticas autosuficientes. En el reciente recuento bibliográfico que de ella ha hecho Patxi Caspistegui apenas aparecen iniciativas de diálogo con historiografías extranjeras. No es algo casual, ocurre lo mismo en casi todas esas otras historiografías, son los científicos sociales y algún historiador forzosamente (y celebradamente) despistado o heterodoxo los que apuestan por estos análisis de corte interdisciplinar. No es este uno de los puntos fuertes de este libro que sí que tiene otros que lo distancian un tanto de las características generales que tiene esta historiografía. Por un lado, su ya citada falta de voluntad por territorializar el análisis a base de introducirlo, a la fuerza, en el mapa de las autonomías inventadas en los años 80. Por el otro, su también aludida falta de voluntad por centrarse en ese universo tan satisfactorio como dudosamente útil que es el análisis de los «discursos». Este también lo hay, sin duda, pero convive con un empeño por ver en qué medida estos crearon realidad social y se transformaron en políticas públicas, prácticas sociales y de movilización.

Esta dimensión plural, compleja de este libro, acompañada por una excelente formalización editorial, tanto en su diseño de contenidos como en el de su continente (portada, paginación, presentación o peso), refleja las principales virtudes de uno de los libros más importantes que han surgido a partir de esta especie de moda que tenemos en este país llamado España por estudiar un fenómeno sobre el que apenas se realizan tesis doctorales ni investigaciones empíricas sistemáticas. ¡Qué país! podríamos concluir, con ecos que conectan el *Mater Dolorosa* de José Álvarez Junco con la crítica de trazo fino cotidiana de Antonio Fraguas, *Forges...*

*Fernando Molina Aparicio*

UPV-EHU